



XIII

LA TERCERA CAMPAÑA. TEHUACAN Y ORIZABA

La salida en dispersión de los insurgentes de Cuautla hizo creer a los partidarios de la causa real que las tropas de Morelos quedaban aniquiladas para siempre y este caudillo reducido a vivir en una caverna. Sin embargo, aunque la dispersión fue completa, los daños sufridos en la ruptura del sitio recayeron, como ya queda dicho, más bien sobre la población fugitiva, hombres inermes, mujeres y niños, que fueron duramente castigados por la caballería realista. Morelos, con un núcleo muy reducido de hombres, se detuvo para reorganizar a sus tropas de Cuautla, donde se fueron presentando los dispersos, de tal modo, que al cabo de un mes estuvo el caudillo en disposición de marchar hacia el sur con 800 hombres, principalmente de la brigada de Galeana, para reparar los daños sufridos en las regiones de tierra caliente, donde las tropas realistas habían obtenido algunas ventajas, ocupando a Chilpancingo, Taxco y Chilapa, validas de la impotencia de Morelos, cercado e inmóvil en Cuautla.

El jefe de este movimiento realista, Francisco Paris, creía que la fuga de Morelos hacia el sur se haría por Tecpan y Ayutla, esperando en estos lugares el paso de los insurgentes. El 4 de junio, con la derrota que la vanguardia de Morelos, mandada por Galeana, infirió al realista Cerro en Citlala, se desvanecieron las esperanzas del partido realista, que confiaba en la destrucción de Morelos. Al reaparecer éste, Paris se retiró hacia Oaxaca y volvió a dejarlo dueño absoluto de la región situada al sur del Balsas.

Los partidarios de la Independencia en la ciudad de México recobraron el entusiasmo, algo decaído por las noticias que estampaban las gacetas en contra de la causa de la insurrección. La asociación co-

nocida con el nombre de los Guadalupe y los platónicos admiradores de los rebeldes, llamados irónicamente "ojalateros", que hasta entonces se limitaron a conspirar y dar avisos y a desear en silencio el triunfo de la revolución, aumentaron su atrevimiento, y algunos, más audaces o más convencidos de la victoria, buscaron la manera de reunirse con los jefes insurgentes.

Después del afortunado combate de Citlala, Morelos se dirigió rápidamente hacia Huajuapán, donde Valerio Trujano sostenía heroicamente sus posiciones, sitiado por los jefes realistas Régules y Caldelas. Trujano estaba decidido a morir en su puesto, y su única esperanza de salvación consistía en el auxilio de Morelos, a quien pudo hacer conocer su peligro por medio de un mensajero que atravesó las líneas enemigas.

El 13 de julio apareció Morelos frente a Huajuapán, sin que el jefe realista advirtiera su proximidad, de tal modo, que no supo a qué atribuir las manifestaciones de regocijo y la iluminación que hicieron los sitiados. Mientras Trujano atacaba por el frente, Morelos se lanzó sobre la retaguardia realista, logrando una victoria que costó la vida al jefe Caldelas y obligó a Régules a huir precipitadamente con dirección hacia Oaxaca.

Morelos comenzó a adquirir nuevamente elementos de guerra y engrosó sus filas con la gente de Trujano, reunida en un batallón que se llamó de San Lorenzo, por haber estado expuesto al fuego por todos lados.

Lo mismo que cuando estuvo cerca de Puebla y en posibilidad de atacar a Toluca, los críticos han reprochado a Morelos, desde un punto de vista netamente militar, que en esta ocasión no se dirigiera rápidamente sobre Oaxaca, que sólo podía ofrecer una débil resistencia. No se puede sostener que Morelos fuera un militar intachable, incapaz de ser víctima de errores, y más adelante veremos cómo sus faltas, aliadas con el destino inevitable, lo fueron debilitando sin cesar hasta llevarlo al cadalso. Pero a título de explicación y no de descargo, es preciso asentar que Morelos, tanto frente a Puebla y Toluca como frente a Oaxaca, obró con gran cordura al desistir del ataque. Era muy propio de Galeana y de Trujano, por su acometividad incontenible, por su valor y por su fe generosa, el deseo de intentar hazañas difíciles. Morelos tenía que refrenar sus ímpetus y subordinar sus deseos de soldado a sus responsabilidades de general en jefe, y el género de su valor, tan ponderado y sereno, era muy a propósito para apartarlo de intentos desesperados.

En el caso de Oaxaca hay más aún. Los que reprochan la marcha de los insurgentes hacia Tehuacán tienen ahora noticias exactas de cuál era entonces la situación de Oaxaca, mientras que Morelos no pudo saber con clara certidumbre el verdadero estado de la plaza, y, al contrario, debió suponerla bien defendida, puesto que la guarnición estaba mandada nada menos que por un teniente general español, don Antonio González Sarabia, no sólo de muy alta graduación, sino destinado a ocupar el primer puesto del ejército real en Nueva España. Aunque este jefe se encontraba detenido en Oaxaca, por la inseguridad de los caminos, sin poder pasar a México para hacerse cargo del mando militar en la colonia, continuando Venegas en el ejercicio del poder político, o como segundo del virrey, podía presumirse con justicia que el efectivo y las condiciones de la guarnición que mandaba accidentalmente eran proporcionados a su grado.

Por otra parte, aunque Morelos no intentara ninguna operación sobre Oaxaca, la situación de esta plaza no podía cambiar, porque sus comunicaciones debían continuar interceptadas, y los insurgentes, aumentando cada día su número y afinando su organización, no dejaban de tenerla amenazada y en posibilidad de ocuparla, como sucedió más tarde.

El 10 de agosto entró Morelos en Tehuacán con sus 3,600 hombres, comprendida la guarnición que defendió a Huajuapán. Don Mariano Matamoros organizaba, entretanto, en la hacienda de Santa Clara y en Izúcar, nuevos contingentes, que en poco tiempo fueron amoldándose a la disciplina y recibiendo una regular organización.

Parece que Morelos premeditaba desde tiempo atrás la ocupación de Tehuacán como punto estratégico, y las exploraciones anteriores que Trujano realizó por estas comarcas fueron tal vez preliminares del establecimiento en dicha población de su cuartel general. De cualquier modo que sea, la elección de Tehuacán basta por sí sola para calificar las condiciones militares de Morelos, y pronto vamos a ver cómo de este primer acierto dependió la serie de acciones que forman la brillante tercera campaña.

En efecto, Tehuacán puede juzgarse como tipo de posición central, porque desde ella se amenaza a Oaxaca y se cortan sus comunicaciones; al norte y al poniente se domina a Puebla con toda la provincia de este nombre, y también el camino de Veracruz, tan interesante por los convoyes que por necesidad tenían que ser conducidos a la capital, y viceversa. Al oriente quedaba libre el camino sobre Orizaba, población de pocos recursos propios, pero de gran importancia por los depósitos

de tabacos, que eran para el gobierno una magnífica fuente de ingresos. Con subsistencias bastantes para su ejército, protegido por un clima salubre y una población adicta, Morelos tenía desde Tehuacán amenazados todos esos puntos, y sólo le faltaba, para aprovechar las ventajas de su posición central, elegir con acierto la oportunidad del ataque. El primer éxito que produjo a Morelos su situación fue la derrota sufrida por el capitán realista don Juan Labaqui, quien salió de Veracruz custodiando, con cerca de 400 hombres, un convoy de correspondencia, y sin tener noticias de que Morelos ocupaba Tehuacán, se dirigía hacia México. Morelos envió a combatirlo a don Nicolás Bravo, quien sorprendió a Labaqui en San Agustín del Palmar y logró derrotarlo tan completamente, que ni un solo hombre escapó de la fuerza realista, quedando el mismo Labaqui entre los muertos. Los prisioneros de esta acción fueron aumentados pocos días después por los que fueron hechos por el mismo Bravo en el Puente del Rey.

La conducta de don Nicolás Bravo para con estos prisioneros, que eran cerca de 300, fue tan excepcional y notable, que es imposible pasarla en silencio, más aún cuando interesa directamente a Morelos. Pocos días después de la acción de San Agustín del Palmar, fue ejecutado en la ciudad de México el padre de don Nicolás Bravo, que había sido hecho prisionero por realistas en la hacienda de San Gabriel, después del sitio de Cuautla. El gobierno virreinal demoró algún tiempo la ejecución de don Leonardo Bravo, con la esperanza de que sus familiares se acogieran al indulto. Morelos autorizó a don Nicolás Bravo para que salvara a su padre y abandonara por tan justa causa el partido de la insurrección; pero don Nicolás tanto por la fe con que se había reunido a los independientes, con el entusiasmo propio de su edad, como por no tener plena confianza en las seguridades que sus enemigos le ofrecían se negó a aceptar el indulto. Por otra parte Morelos ofreció en canje, por la persona de don Leonardo Bravo, un grupo de prisioneros españoles que tenía en su poder y entre los que se contaban los tomados en San Agustín del Palmar y Puente del Rey, con la amenaza de que, sino era aceptado el canje, privaría a sus prisioneros de la vida.

Don Leonardo fue agarrado el 13 de septiembre y, cuando Morelos tuvo noticia de su muerte la comunicó a don Nicolás, con la orden de fusilar a los prisioneros en represalia. Bravo pensó al principio obedecer a su natural rencor, así como a las órdenes de su general; pero al fin resolvió perdonar a los prisioneros y dejarlos en libertad. Ese famoso acto de nobleza y generosidad no fue el único de su género que realizó Bravo. Posteriormente, trató con igual blandura a los negros

de Jamiltepec, y Morelos se expresó a este respecto como sigue: "Los negros de Jamiltepec, después de su obstinada resistencia y de mantener la guerra a sus expensas, fueron tratados por el señor Bravo con una indulgencia tal, que no cabe en conquistador: quedaron de oficiales los mismos que lo eran antes; se le desertaron más de 1,000 que voluntariamente se alistaron en nuestras banderas, y fueron respetadas las propiedades de todos y cada uno y perdonados los asesinatos que muchos de ellos hicieron en nuestros soldados. Ahora suscitan la rebelión más impolítica e indigna que cabe en los ingratos; expresan sus sentimientos sediciosos en sus papeles, que circulan en toda la costa; nos tienen entretenida mucha parte de la tropa, que podía estar sirviendo en aumentar el país de la libertad; han dejado a Oaxaca en un estado de debilidad, que se hace algo dudosa su defensa, y últimamente han enervado los movimientos del ejército."

Este modo de pensar tenía que ser el mismo respecto al perdón de los 300 prisioneros, y Morelos tuvo que manifestar a Bravo su desagrado, con sobrada razón. En efecto, la generosidad de Bravo es digna de todo elogio desde el punto de vista moral; pero para Morelos significó una falta de subordinación, la imposibilidad de cumplir la amenaza hecha al gobierno virreinal y la ineludible comparación que surgía entre el buen corazón de Bravo y el duro de Morelos.

El éxito de San Agustín del Palmar vino a obscurecerse con la muerte de Trujano, quien durante una expedición en busca de víveres fue atacado por realistas en el rancho de la Virgen, situado entre Tehuacán y Puebla, y cayó combatiendo.

Su cadáver fue llevado al cuartel general de Tehuacán y enterrado con los honores que correspondían a su grado y a sus méritos; y pocos días después, el 13 de octubre, salió Morelos con parte de su ejército hacia Ozumba, con el objeto de ponerse en contacto directo con las partidas insurgentes capitaneadas por Osorno. Aunque este movimiento no era dirigido contra ninguna tropa realista, puede considerarse como parte de la tercera campaña, porque su objetivo fue recoger 100 barras de plata de las tomadas por Osorno en Pachuca y porque el regreso a Tehuacán tuvo que hacerse presentando un combate.

En efecto, después de recibir las barras de plata en Ozumba, decidió Morelos atacar un convoy protegido por tropas realistas a las órdenes de Porlier, que había salido de Amozoc, y el cual había retrocedido poco después al mismo punto para aumentar sus efectivos, por tener noticias de la proximidad de Morelos, y vuelto a emprender su marcha con dirección a Perote, Jalapa y Veracruz. Los insurgentes

atacaron el convoy cerca del santuario de San José de Chiapa; pero aunque combatieron con decisión, fueron detenidos, tanto por el frente como por la retaguardia. Como este combate sólo era secundario, Morelos no intentó empeñar más formalmente la acción, que se le presentaba desfavorable, y *conteniendo* la dispersión que se iniciaba, se retiró hacia Tehuacán.

No se detuvo en este lugar mucho tiempo, pues en la mañana del 29 de octubre apareció con 1,200 hombres frente a Orizaba. Este movimiento fue tan rápido, que apenas tiene solución de continuidad con el anterior; tan reservado, que pasó inadvertido para los realistas, hasta que ya no fue posible impedirlo, y tan oportuno, que, alejando el convoy con las tropas mandadas por Aguila, e inmovilizada la guarnición de Oaxaca, no tenía Orizaba para su defensa más que una corta guarnición mandada por el coronel don José Antonio Andrade, sin esperanzas de auxilio.

Poco antes de la ocupación de Orizaba el 27 de octubre, Morelos envió al coronel Andrade, que defendía la plaza, una intimación que no tiene su sello personal, o cuando menos, la forma pintoresca y familiar que usaba casi siempre, sino que más bien parece teñido por la retórica de alguno de sus secretarios:

“La guerra, este azote cruel y devorador, contenida en los límites de la *justicia*, es santa, es precisa y su ejercicio indispensable en los que la Providencia ha destinado para sostener los derechos de las naciones . . . En la guerra presente en que a más de nuestra patria es interesada la misma religión, no puedo menos que llevar adelante el éxito de nuestra gloriosa empresa presentándoos en una mano el bieldo y en la otra la espada . . . e intimo por primera, segunda y tercera vez al Comandante Militar, al Cuerpo Eclesiástico y a la República se rindan a discreción dentro del preciso término de cuatro horas en que pueden cómodamente reunirse y quedar de acuerdo entregando las armas y puestos . . . de este modo, a más de su libertad sus vidas, serán respetadas todas sus propiedades y acciones y tratados con el decoro que merece el buen ciudadano. Por el contrario, si cumplido el término no está resuelta la entrega de la plaza o . . . contestada esta intimación, se romperá el fuego . . . y (la plaza) reducida si necesario fuere a cenizas, y sus habitantes todos castigados con el rigor e infamia que su inicua y maliciosa obstinación demanden.”

Estos párrafos, además del tono enfático, tienen algunos renglones que recuerdan muy de cerca las fórmulas usadas por escribanos

en actos judiciales y por ello no es aventurado suponer que la mano del secretario intervino un poco más de lo debido.

Se cuenta que el coronel Andrade contestó a esta intimación: "Tengo honor, armas y municiones y mientras existan, no me rindo."

Pero ninguna de estas dos muestras de literatura castrense se cumplieron, por fortuna, al pie de la letra. Orizaba no fue reducida a cenizas y el coronel Andrade pudo escapar con un grupo reducido, abandonando a la población y a buena parte de sus soldados expuestos a las represalias del vencedor.

Así como en la toma de Tixtla seguimos el relato de Altamirano, en esta ocasión tenemos como guía a José de J. Núñez y Domínguez, que ha novelado bellamente estas escenas, poniendo "sobre la desnudez de la verdad el manto de la fantasía".

En la tarde del 28 los exploradores destacados en la garita de la Angostura tomaron a los puestos avanzados, anunciando que por ahí se adelantaba un fuerte núcleo enemigo. Era la vanguardia de la columna con que Morelos llevaría a cabo una de sus más notables acciones guerreras.

No se amilanó Andrade, y, por el contrario, cuando al amanecer del día siguiente recibió una intimación para entregar la plaza, contestó a Morelos... "que entrara si podía".

Desde ese instante se rompieron los fuegos. Los insurgentes, fogueados en su recorrido desde las costas del Pacífico, hacían prodigios de valor, y cuando llevados por su denuedo, casi llegaron a tocar las baterías emplazadas en la garita de la Angostura, los cañones que coronaban las arquerías los diezmaron por completo. Pero cuando menos lo esperaba, Andrade se vio flanqueado. Jugándose su última carta, el comandante realista reconcentróse a la calle Real, realizando así los cálculos de su enemigo. Por ambos flancos y por la retaguardia se halló rodeado súbitamente de americanos. Ante tal desastre hundió los acicates en los ijares del corcel que cabalgaba y sobre los muertos y heridos pasó velozmente para el camino de Córdoba, seguido por una veintena de húsares.

Morelos, que en estos momentos bajaba del Cerro de la Cruz, pudo ver todavía los últimos dragones que salían a escape.

Destacábase junto al cura, con su corpachón de gigante y su faz tostada por el sol y ennegrecida por el humo de los combates, el coronel don Hermenegildo Galeana, "Tata Gildo", que aún empuñaba en la diestra el filoso machete suriano.

Dos horas había durado el asalto.

En la casa en que instaló Morelos su cuartel general, propiedad del señor Rocha, todo era movimiento y animación al día siguiente de su entrada a la villa de Orizaba, “la rica alhaja de la Corona”, como se le llamaba en esa época. La muchedumbre no había cesado de atronar los espacios con gritos de “¡ Muera el mal gobierno! ¡ Abajo la tiranía!”

Los curiosos veían entrar y salir oficiales, llamándoles la atención sus típicos indumentos, casi campesinos y tan distintos de los pomposos de los realistas.

De pronto vieron que una dama llegó al zaguán y se precipitó adentro, pero fue detenida por los centinelas.

Acudieron los oficiales de guardia y, franqueada al fin la entrada, avanzó frente a “Tata Gildo” y cayó de rodillas.

El viejo guerrero, el león de Tecpan, cuyas grises patillas y zarcas pupilas recordaban su ascendencia británica, se quedó como quien ve visiones.

—Señor Galeana, no me levantaré hasta que no me prometa usted ayudarme.

—¿Qué quiere su buena persona?

—Soy Micaela González, novia de don José Manuel Santa María, que anoche tomaron ustedes prisionero entre los oficiales de Andrade. Sé que se ha decidido fusilarlo por desertor, y vengo a buscar su protección para que me conduzca a la presencia del señor Morelos.

—Siento lo que le pasa, pero el señor Morelos no recibe a nadie ni menos quiere oír hablar de los prisioneros. Para que vea mi buena voluntad, “ahorita” que voy a hablar con el señor cura, aprovéchese. ¿No trae un papel, digo, un memorial? Pues yo se lo paso. No puedo hacer más.

Uno de los acompañantes de Micaela, la señora doña Mariana Rocha, alargó a Galeana un pliego con una petición de indulto. El viejo penetró en la pieza, y, tras de tratar varias gestiones con el “señor cura”, como él decía a Morelos respetuosamente, puso en sus manos la solicitud de Micaela.

El generalísimo leyó el escrito, en el que, entre otras razones, consignaba la peticionaria ser la novia del oficial prisionero; luego, tomando la pluma, puso al margen de la solicitud estas palabras: “Que escoja otro novio más decente.”

Esta última frase se ha repetido con frecuencia y se ha comentado como una prueba de férrea severidad o de corazón insensible, según los diversos criterios de buena o mala voluntad.



Debe aclararse que tales palabras se conocen principalmente, por referencia de don Lucas Alamán quien a su vez dijo haberlas oído en un relato del licenciado don Rafael M. Argüelles que fue secretario de Morelos y estuvo con él en aquella época y contó que su jefe no solamente dijo, sino que escribió esas palabras al margen de la súplica presentada por la novia de Santa María. Sin embargo, sería preciso confirmar plenamente la autenticidad de la anécdota. O siquiera conocer mejor las circunstancias que provocaron este desahogo. Desde luego debe hacerse notar que Santa María aparece, no como un simple prisionero de guerra, sino como un tráfuga, que había prometido anteriormente militar en el ejército insurgente y luego tomó las armas como realista.

La ocupación de Orizaba no tenía por objeto dominarla definitivamente, sino más bien perjudicar al gobierno virreinal, destruyendo los tabacos almacenados en dicha población, lo que significaba una gran pérdida. Así lo puso en práctica Morelos, y, una vez cumplido su propósito, abandonó la población, dirigiéndose a su cuartel general de Tehuacán.

El movimiento insurgente sobre Orizaba alarmó tanto a los realistas que, apenas les fue conocido, los obligó a reunir un cuerpo de tropas destinado exclusivamente a cortar a Morelos su comunicación con Tehuacán, y tan numeroso, relativamente, que casi lo componía todo el llamado ejército del centro, con tropas de marina, de granaderos, de Asturias y de Guanajuato; dragones de México, Puebla y San Luis, batallón de Zamora, dragones de España, y seis piezas de artillería, a las órdenes de un jefe de instrucción, como era el teniente coronel don Luis del Aguila, oficial del Estado Mayor.

La rapidez y reserva que tuvo Morelos para marchar sobre Orizaba hicieron que Aguila no pudiera maniobrar con certidumbre, de tal manera, que cuando se situó con sus 2,000 hombres en el Puente Colorado, sobre el camino de Tehuacán, el día 1º de noviembre, después de haber caminado a marchas forzadas, creía ver aparecer de un momento a otro a Morelos. El enemigo que se había imaginado encontrar varias veces durante su marcha, había salido el mismo día de Orizaba, y sin saber tampoco con certidumbre la posición de Aguila, trataba de ganar el camino de Tehuacán lo que habría logrado, sin duda alguna, si hubiera adelantado su marcha unas cuantas horas. Fue cuestión de breve tiempo el haber podido evitar un combate desigual, que al fin fue necesario trabar en las cumbres de Acultzingo.

De las tropas insurgentes, 800 hombres se formaron en dos líneas de batalla, mientras el resto, custodiando el botín tomado en Orizaba, y en compañía de las mujeres y no combatientes, se dirigía hacia Tehuacán por caminos de travesía. Los realistas acometieron en dos columnas y con caballería la primera línea insurgente, que pronto se replegó hasta la segunda línea, donde el combate fue más reñido. Fueron rechazados por pérdida los dragones de México y el escuadrón de Puebla, que cargaron briosamente pero al fin se impuso la fuerza del número, y Morelos tuvo que ordenar la retirada por los caminos de travesía, logrando organizarse en Chapulco, sin ser perseguido, salvando la mayor parte de su gente y el armamento excepto la artillería.

No se detuvo en Tehuacán más que una semana, durante la cual se le incorporaron Matamoros con los 2,000 hombres que había reclutado en Izúcar y don Miguel Bravo con otros 2,000. Estaba, pues, listo para emprender la marcha hacia Oaxaca con 5,000 hombres y 40 piezas de artillería.

En esta ocasión confirió a Matamoros y a Galeana los grados de mariscales, y al primero lo designó como su segundo. Sin duda hubiera preferido a Galeana, que tanto se había distinguido hasta entonces, y que en el combate de Acultzingo, por ocupar, según su costumbre, el sitio de mayor peligro, estuvo a punto de morir, perdió su caballo en la pelea y fue tenido por muerto, tanto por los realistas como por el mismo Morelos. Este manifestó cuánto apreciaba los méritos de Galeana, pero no le confirió el carácter de segundo en jefe porque no sabía leer.

Las tropas reales ignoraban los verdaderos propósitos y la situación de Morelos, y como éste les dejara libres las plazas de Izúcar y Tehuacán, se entretuvieron en ocuparlas, creyendo tomar una gran ventaja sobre los independientes, mientras éstos caminaban ya sobre Oaxaca, sin más obstáculos que los malos caminos y los ríos crecidos, por lo que Morelos pudo llegar frente a Oaxaca el 25 de noviembre sin haber tenido más que ligeros tiroteos con algunas avanzadas realistas, que se replegaron muy pronto hasta el abrigo de sus fortificaciones.